D. Fernando Savater
(Filósofo y Escritor)

Buenas tardes a todas y a todos.

En primer lugar quisiera expresar mi agradecimiento a los organizadores de estas jornadas por haber querido, con tan amable insistencia, contar con mi presencia; a mi presentador, por sus hiperbólicas y excesivamente generosas palabras - que se pueden deber más a la amistad que a la justicia - y a todos ustedes, por su compañía y por la paciencia de soportar las contrariedades que le vienen a uno siempre que viaja con Iberia.

Me gustaría, ante todo, incitarles a ustedes a la discusión o a plantear algunos temas, a modo de provocación al diálogo, para que luego, sobre ello, pudiéramos intercambiar opiniones y reflexiones.

Como saben ustedes, el tema de la multiculturalidad, el tema del pluralismo étnico y cultural que se da cada vez más en la escuela, se ha ido convirtiendo en un problema cuando la escuela se enfrenta con sociedades cada vez más mestizas, cada vez menos homogéneas. En un primer momento la escuela era un elemento que estaba ligado a sociedades más o menos homogéneas o, al menos, homogéneas a la fuerza, gracias a la influencia escolar. La escuela ha sido, en efecto, un instrumento homogeneizador fundamental y las sociedades en sí mismas son todas diversas. La diversidad es algo normal: siempre que hay seres humanos distintos surge la diversidad porque los seres humanos tanto gustamos de parecernos unos a otros como intentamos afirmar nuestra personalidad difiriendo, de modo que es normal que surjan las diferencias.

Pero la escuela, en la sociedades tradicionales, ha funcionado como un elemento homogeneizador en diversos planos: en el plano religioso, en el plano lingüístico -creando un lenguaje único para los ciudadanos- en el político, con los mitos políticos, las leyendas patrióticas, etc., etc. De modo que la escuela ha funcionado de forma homogeneizadora para transmitir un mensaje único. En nuestra época, cada vez más, se va reconociendo la importancia y la evidencia de la diversidad cultural de nuestras sociedades. Quizá haya sido Estados Unidos, en ese sentido, la primera sociedad que se ha dado cuenta y que ha concedido toda la debida importancia a la variedad de herencias culturales de las que se nutría, tal vez porque, precisamente, en Estados Unidos no existía ningún principio homogéneo previo a esas herencias llegadas de Europa. Es por eso por lo que han logrado, en cierta medida, respetar más la diversidad. Respetar la diversidad, eso sí, mezclando todos los elementos culturales en esa especie de "melting pot", de olla podrida, en donde se reúnen todas las variedades culturales y sólo quedan unos cuantos elementos distintivos, folklóricos, creándose luego un "humus" común, colectivo, con el cual se identifican la mayoría de los norteamericanos.

Sin embargo, en los últimos años hay una insistencia en que se especifiquen, se diferencien y se identifiquen diversos registros culturales distintos, sean de procedencias étnicas diferentes - el caso, por ejemplo, de los afroamericanos en la cultura norteamericana-, sean relativos a elementos de sexo o de género -la diferencia entre la educación dirigida a resaltar el papel de la mujer, muchas veces olvidado o minusvalorado, en las visibles tradiciones de la historia, de la literatura y de la cultura en general-. En fin, hay unos elementos que tienden cada vez más a subrayar peculiaridades, diferencias, distinciones. Y lo mismo está ocurriendo hoy en Europa.

En Europa, en nuestras sociedades, que siempre han sido sociedades mestizas, hablamos hoy de los inmigrantes y de la inmigración como si fuera una cosa que no hubiera ocurrido nunca; ya se nos han olvidado las inmigraciones del siglo pasado, países, por ejemplo, como Francia sufrieron

enormes inmigraciones desde Italia y desde Bélgica que todavía se rastrean fácilmente en los apellidos de los ancestros .Y, en fin, ha habido muchos movimientos migratorios dentro de la Europa tradicional del siglo pasado y de comienzos del nuestro.

El problema actual es que la inmigración proviene de países muy distintos desde el punto de vista étnico, religioso y cultural, es decir, no es lo mismo una inmigración entre dos países cristianos o entre dos países católicos -que comparten al menos un cierto imaginario simbólico básico- que entre un país musulmán y un país católico en el que elementos importantes de su imaginario simbólico son radicalmente distintos. Siempre que haya un elemento por donde enlazar con lo diverso se puede encajar la diferencia étnica o cultural dentro de una cierta unidad. El problema es cuando faltan, o no se encuentran, o se desdeñan, esos elementos simbólicos unitarios que pueden existir entre las culturas.

Evidentemente, todas las culturas tienen mucho en común: están hechas por seres humanos y dirigidas a seres humanos y los seres humanos nos parecemos todos muchísimo más de lo que nuestras culturas dan a entender. Es decir, a pesar del maniático esfuerzo permanente por diferenciarnos y por hacernos irreductibles y misteriosos unos a otros, la realidad es que los seres humanos compartimos muchas más cosas de aquellas de las que diferimos: compartimos el conocimiento de nuestra muerte, compartimos la vida en sociedad, compartimos los elementos racionales, compartimos muchos elementos emocionales. Evidentemente hay gran diversidad cultural, pero lo básico está compartido por todos los seres humanos. Piensen ustedes que aunque las diferencias gastronómicas y las diferencias entre las cocinas de los diversos países son enormes, hay, por otra parte, un hecho básico y es que hay que comer para vivir y que hay que tomar la cantidad determinada de calorías, por debajo de las cuales los seres humanos se sienten mal y pueden ir depauperándose y muriendo y hay, también, toda una serie de cosas que no podemos comer ninguno. Es decir, hay a quien le gusta comer fabada, comer gazpacho o comer cocochas pero gente aficionada a comer ácido prúsico no hay, porque no se puede comer. Vivimos, los que apreciamos la diversidad culinaria, dando mucha importancia a las variedades gastronómicas, pero, claro, no debemos olvidar que lo más importante es que todos los seres humanos nos tenemos que sentar a comer y todos tenemos que crear platos digestivos para poder alimentarnos.

Y en la cultura todo es así: hay cosas enormemente diferentes, hay cosas enormemente distintas -en cuanto a la simbolización de nuestra vida, de nuestra muerte, del poder, de la justicia, del amor- pero lo que no puede dejar de haber es esa simbolización de esos temas esenciales; lo que no puede dejar de haber es un fondo común que todos compartimos. Las visiones y las interpretaciones, por ejemplo, del tiempo, que tienen los seres humanos son enormemente diferentes en unos lugares de otros. Lo que no hay es seres humanos indiferentes ante el paso del tiempo, que no lo sepan medir, que no le den importancia, que no lo consideren El tiempo está presente en todas las culturas, en unas formas que a nosotros nos resultan extrañas o muy poco circunstanciadas o que no comprendemos -porque hay pueblos que miden el tiempo con una laxitud que nosotros, que estamos obsesionados por el segundo y por el puntillismo del momento, no podemos apreciar-. Pero, de hecho, el tiempo "cuenta" para todos los seres humanos. Evidentemente los símbolos son muy distintos, obviamente, -y eso introduce diferencias de vida y de concepción del mundo- pero hay también, siempre, elementos comunes, hay siempre elementos en los que nos parecemos.

Yo estoy convencido de que los indígenas peruanos que, allá aproximadamente por los siglos equivalentes a nuestro medievo, descubrieron que la corteza de la quinina curaba las fiebres, hicieron ese descubrimiento siguiendo una pauta racional. Yo no sé cómo llegaron a esa conclusión, pero estoy seguro de que llegaron a esa conclusión de un modo racionalmente semejante a como los médicos ingleses de comienzos del siglo XVIII descubrieron de nuevo esas mismas propiedades febrífugas de la quinina. Estoy seguro de que, de alguna forma – y a pesar de que los parámetros y la historia médica de la Inglaterra que llega a esa conclusión y los de los indígenas peruanos que probablemente se movían en un mundo de dioses y de imágenes totalmente distintas, eran absolutamente diferentes- en

ambos casos hubo una observación de la realidad y una utilización de elementos reales para combatir una plaga que afectaba a la salud de las personas. Es decir, la preocupación que llevó a buscar una curación para la fiebre, la observación que llevo a relacionar la quinina con la curación y la instrumentalización de ese remedio son comunes entre dos grupos humanos tan distintos como era el de esos médicos de la modernidad y los indígenas que desconocían el método experimental científico moderno.

Precisamente por ello yo creo que somos muchos más los que, con razón y con justicia, nos enorgullecemos de las grandes diferencias culturales que hay entre los hombres las cuales son, evidentemente, enriquecedoras y sobre todo hacen la vida mucho más divertida. Porque, verdaderamente, parte de la sal y de la gracia de la vida es lo distintos que somos, lo distintos que son nuestros gustos, la forma tan diferente con la que nos aproximamos a los cuatro o cinco grandes temas obligados de la existencia. Todo eso, toda esa diversidad, es obviamente enriquecedora, insisto, e introduce un elemento incluso lúdico en la vida de cada uno de nosotros y sobre todo favorece que cada uno se sienta acogido e identificado con su propio grupo, al cual de alguna forma ha ido apoyando su imaginación simbólica, porque todos tenemos una imaginación simbólica pero necesitamos apoyarla en algún tipo de tradición.

Ahora bien, insistir exclusivamente en esta diferencia, olvidando los comunes denominadores que tenemos entre todos, convierte a la especie humana en una especie de átomos inconciliables unos con otros. Estas ideas de que los seres humanos somos totalmente impenetrables e incomprensibles, de que la lógica occidental no puede entender la lógica de los pueblos primitivos, de que hay formas de conocimiento humano que no pueden ser entendidos por otras mentes humanas..., y todo este tipo de tonterías, que habrán oído ustedes frecuentemente, carecen de toda significación. Los métodos generales de razonamiento, en cierta medida, los compartimos todos los seres humanos, por lo menos a un nivel muy básico.

Decía el historiador del arte Gombrich que, efectivamente, hay pueblos cuyo arte no conoce la perspectiva, pero no hay ningún pueblo en el mundo cuyos habitantes cuando quieren esconderse de un enemigo se pongan delante del árbol y no detrás. Es decir, la idea de que el arte puede ser muy distinto – y, por ejemplo, el enfoque entre el arte egipcio y el arte de los aztecas lo es efectivamente- no empece el que haya una serie de elementos comunes en todas las artes y culturas, que responden a necesidades vitales y que nuestra lógica simbólica, la lógica racional, con la que argumentamos y con la que simbolizamos el mundo, es inteligible y se puede trasvasar de un grupo a otro y de una cultura a otra y que podemos comprender lo que ocurre en la mente del otro, más o menos, con la misma aproximación con que comprendemos una obra al traducirla de un idioma a otro.

Eso, también, es un elemento importante. Los seres humanos somos comprensibles unos por otros y podemos, de alguna forma, llegar a incorporar elementos ajenos en nuestra visión simbólica y a ofrecer elementos nuestros a los otros de nuestra propia visión simbólica, esto también es una condición humana importante. Se dice, en efecto, que hay que respetar la diferencia. Cierto, pero también hay que respetar la comunidad entre los seres humanos, hay que respetar que la humanidad es un elemento común y es un elemento que está subyaciendo y precediendo a la existencia de diferencias culturales.

La diferencia cultural no es lo más profundo o lo último, lo último es la comunidad humana y por encima de esa comunidad humana se instalan las diferencias culturales, lo mismo que lo último y lo más importante es la necesidad de alimentarse para vivir y por encima de esa necesidad están las variedades culinarias y gastronómicas que nos gustan.

Estos elementos, diversos y comunes, son importantes a la hora de enfocar una educación, a la vez respetuosa de la pluralidad y atenta a la común humanidad que compartimos. Porque es cierto que nuestras comunidades van a ser cada vez más diversas, que cada vez vamos a estar obligados a vivir

en grupos más heterogéneos -lo cual es incómodo para los seres humanos, es decir, todos los seres humanos tenemos un afán inmenso de normalidad ya que todos los seres humanos queremos parecernos unos a otros, somos animales gregarios y ese gregarismo ha sido muy importante, probablemente, a lo largo del desarrollo de la humanidad para incorporar técnicas, para incorporar normativas, etc., etc.

En efecto, todos los seres humanos hacemos un esfuerzo por parecernos a los que nos rodean, queremos estar identificados con los de nuestro entorno y esa búsqueda de normalidad nos lleva incluso a una especie de normopatía, es decir, de patología de lo normal. Quisiéramos bajar a la calle y ver, solamente, caras que reflejaran la nuestra, de nuestro mismo color, con nuestro mismo acento, con nuestro mismos gustos gastronómicos, venerando los mismos dioses etc. Quisiéramos, de alguna manera, una especie de unanimidad que nos arropase y que nos tranquilizase diciendo "así es como hay que vivir, puesto que todo el mundo a mi alrededor vive de esa misma manera".

En cierta medida así se ha vivido durante mucho tiempo. Las sociedades tradicionales han sido así; llegaba un extranjero de vez en cuando, alguna persona arriesgada viajaba a otro lugar, pero el grueso de la población como todavía, quizá, en algunos pueblos muy pequeños, consideraba "lo normal" lo de aquí: "aquí somos así", "aquí hemos vivido siempre así", "aquí todos hacemos esto", "aquí comemos las cosas así", "aquí bebemos de esta manera", "aquí la fiesta es así", y eso, evidentemente, que puede parecer aburrido ante mentalidades cosmopolitas, es enormemente acogedor y, digamos, sustentador. La persona se siente muy sustentada por una comunidad en la que todo el mundo es igual. Entonces tiene la vida ya dictada por el grupo al que pertenece ... Es un poco lo que Nietzsche llamaba malignamente "calor de establo" que es el que se dan las vacas echándose el aliento en el cogote unas a otras. Eso de sentirse arropado por el calor de establo en el que uno está y oler el estiércol idéntico de todos los que están a nuestro alrededor, pues, "eso" produce una cierta satisfacción. Y, de pronto, llega el extraño, el extranjero, el distinto, etc., etc. y a veces no llega uno sino que llegan muchos.

Entonces, frente a una cierta normalidad sexual, veo personas que practican el sexo de una manera distinta; frente a una homogeneidad literaria o cultural, veo personas que hablan otras lenguas, que tienen otros gustos, que van vestidos con otros trajes, que adoran otros dioses, que celebran otro día de fiesta que no es el mío, que comen los elementos que a mi me parecen desdeñables y desdeñan los que a mi me parecen preferidos etc., etc. y entonces, todo eso, causa un desasosiego, ¿por qué? porque introduce un elemento de incertidumbre en mi propia identidad. Si se puede ser de otra manera "¿porqué soy yo como soy?". Los xenófobos, los racistas, las personas hostiles al extranjero, al diferente, lo son porque ven en él una amenaza a lo que ellos son, es decir, si se puede ser humano, si se puede ser bueno, si se puede ser culto, si se puede practicar el sexo, si se puede ser religioso "de otra manera de como soy yo", entonces, "¿por qué yo soy como soy y hago lo que hago?". Si no es lo único que se puede hacer, entonces ya lo que yo hago no se convierte en una especie de obligación que nunca me he cuestionado, sino que es algo que tengo que elegir frente a lo de los demás.

Y, ese poner en cuestión la elección, elegirá: como yo veo que hay muchos homosexuales aunque yo sea heterosexual, tendré que planteármelo como una opción; ya no es simplemente lo que hay que ser lo único que se puede ser, lo que la norma impone ser, sino que es una de las cosas que se puede se; si yo quiero eso, tengo que elegirlo. Pero eso ya me cuesta, de alguna forma, posicionarme frente a otras opciones distintas, y así en todos los terrenos culturales de tal modo que tiendo cada vez más a comprometer lo que yo estaba considerando como la única norma inamovible (acuérdense ustedes de aquel viejo chiste que contaban, cuando yo iba al colegio, que del tipo que disculpaba a los franceses admitiendo que asumía que llamaran al pan "pain" y al vino "vin" pero que llamaran "fromage" a lo que se estaba viendo que era "queso", eso le parecía ya un exceso enorme)

Este tipo de actitud, digamos que es un poco el primer movimiento cultural que tenemos todos, es decir, más o menos admitimos cosas dentro de una cierta línea pero, de pronto, empezamos

con el fromage y ya decimos "esto ya no puede ser", "esto si que ya es una diferencia inasumible". Lo malo es que, obviamente, vamos a tener que vivir en sociedades donde se van a dar, efectivamente, una serie de elementos difíciles de asumir.

La educación, por una parte, en cierta medida, tiene que respetar el pluralismo, pero si estamos tratando de crear comunidades humanas, no estamos tratando de crear tribus más o menos hostiles unas a otras, o no tratamos de crear regimientos cada uno uniformado con su bandera y banda de música y separado de los demás, sino que estamos tratando de crear una comunidad, en la cual se den elementos distintos, entonces tan importante como el respeto a una serie de elementos distintivos de tradiciones, de grupos, etc. diferentes, es el buscar lo común que haya entre todos los grupos, porque lo que no se puede es practicar una enseñanza, y sobre todo una enseñanza pública, porque claro, el problema auténtico del multiculturalismo está en la enseñanza pública. La enseñanza pública es un servicio comunitario que lo que pretende es fomentar y crear una comunidad democrática, no un rebaño de identidades dispersas y diferentes e irreductibles unas a otras, entonces, evidentemente, se trata de subrayar elementos compartidos y comunes o aquellos elementos que permiten, desde una tradición, entender y asumir otras.

El hecho de establecer que todas las tradiciones son cerradas, impermeables, que todas las tradiciones están dadas de una vez por todas -cuando en realidad todas son fenómenos históricos que están en constante trasvase y en constante mezcla unos con otros-, resaltar lo que de identitario tiene la cultura -cuando precisamente lo cultural no es la identidad, sino la apertura a lo que no es idéntico- es no entender verdaderamente el problema . No llamamos culto al que sabe su lengua sino que sabe otras y por lo tanto la cultura no es el hecho de poseer los rituales del propio grupo sino ser capaz de abrirse y comprender los rituales de otros.

Digo, que todo eso, son elementos básicos, sobre todo dentro de los planteamientos de una educación pública. Y ahí surge el tema interesante de la tolerancia ¿Qué quiere decir o de qué hablamos, cuando estamos hablando de tolerancia? En primer lugar la tolerancia no es la indiferencia, es decir, uno no tiene la obligación de que todo le parezca bien. A veces, habrán visto ustedes que cuando uno critica una costumbre o un modo de ser, una actitud, etc. los demás dicen "que intolerante es usted". No, intolerante es el que la prohíbe, no el que la critica; el que la critica puede considerarla como algo que no le gusta o que no lo ve bien ni que puede ser mejorable.

Yo creo que uno puede juzgar tradiciones o costumbres de otros, lo mismo que hemos juzgado las nuestras y las hemos ido cambiando. Yo me considero perfectamente capacitado para juzgar la costumbre de la ablación del clítoris de ciertos pueblos africanos, a pesar de que no pertenezco a esos pueblos y que no soy mujer y, sin embargo, creo que hay posibilidad de juzgar cosas que uno no está viviendo como sujeto porque no es verdad que no existan elementos de valoración entre las culturas.

La tolerancia no es decir cualquier cosa vale y todo vale por igual y nadie puede juzgar entre una costumbre y otra; no es cierto que la antropofagia sea una variante gastronómica como las demás, hay a quien le da por la antropofagia como a otro le da por la afición a los pimientos morrones. No, realmente hay posibilidad de juzgar y de valorar. Yo no creo que todas las culturas sean igualmente buenas. Las culturas tienen una jerarquía positiva según se van haciendo más capaces de integrar la diversidad, lo distinto, lo diferente, lo nuevo, etc.

Las culturas incapaces de asimilar lo distinto o lo nuevo, incapaces de asumir la convivencia de varias religiones, incapaces de crear novedades -que descarten tradiciones y generen otras nuevas- son inferiores. Inferiores civilizatoriamente a las culturas capaces de evolucionar, de convivir con diferentes ideologías, de transformar la tradición y de ir renovándola etc., etc. De modo que no es cierto esa idea de que no se puede juzgar una cultura desde otra. Si no se puede juzgar una cultura desde otra, no se puede juzgar nada desde nada, tampoco se podría juzgar la conducta de ningún ser humano (tampoco estamos dentro de su cabeza, yo que sé lo que "posee" a las niñas de San Fernando

cuando deciden matar a la otra, yo no estoy en su cabeza, no lo sé, por lo tanto ¿por qué las vamos a juzgar?).

Yo creo que una cosa es tener un espíritu amplio y otra cosa es tener un espíritu vacío. Y muchas veces, en nuestro tiempo, se confunden las dos cosas y entonces se llama tener espíritu amplio a tenerlo vacío, es decir, a no tener criterio de ningún tipo para decidir entre una cosa y otra, entre lo bueno, lo malo, lo regular, lo mejor, etc. En muchos campos no hay disputa posible, es decir, si a alguien lo que le gusta es el salmorejo y al otro le gusta el gazpacho pues, verdaderamente, la argumentación -por muy elocuente y poética que sea- siempre nos dejará insatisfechos, es decir, en último término cada uno tiene derecho a que le guste lo que le gusta.

Ahora, en otros campos, no es así. Por ejemplo, yo no creo que sean igualmente respetables las culturas que tienen a la mujer en una posición secundaria, imposibilitada para ocupar ciertos cargos públicos o para recibir educación, etc., que aquellas otras culturas que la tienen en un plano de igualdad. Son superiores las culturas que la tienen en un plano de igualdad. No es verdad que todas las culturas sean iguales frente a ciertas cosas. No es verdad que ciertas culturas, no sean superiores a otras: no son igualmente buenas culturas que marginan o esclavizan a la mujer y culturas que la respetan como ser humano con plenos derechos.

Yo creo que hay unos valores que, sin intentar convertirlos a cañonazos en generales, es evidente que hay que reivindicarlos y exigirlos, dándonos cuenta de que no todo vale, de que no todo es lo mismo.

La tolerancia no es que a uno le de igual todo o que uno piense que todas las opiniones son absolutamente respetables. Una de las ideas más bobas de nuestra época y, por lo tanto, desgraciadamente, de las más repetidas es esta idea de que todas las opiniones son respetables, ¡vaya majadería! Pero, ¡cómo van a ser respetables todas las opiniones!, ¡cómo va a ser respetable la opinión de que dos y dos son cinco frente a que dos y dos son cuatro!.

Todas las personas son respetables, tengan las opiniones que tengan, y, si una persona cree que dos y dos son cinco no debe ser mutilado, torturado, privado de sus derechos civiles..., tampoco se le va a encomendar una cátedra de matemáticas. Pero, en fin, no se le debe someter a ningún tipo de discriminación ni de tortura. Ahora bien, que la opinión de que "dos y dos son cinco" es igualmente válida y respetable que la de que "dos y dos son cuatro", ¡eso nunca!. Si no hay opiniones más respetables unas que otras, no habría habido progreso de ningún tipo. Toda la humanidad ha avanzado a base de no respetar determinadas opiniones y sustituirlas por otras Si todas las opiniones fueran igualmente respetables, o hubieran sido igualmente respetadas, estaríamos todavía en el primer árbol sin habernos bajado de él. Seguro que habría alguien que diría ¡no os bajéis que es peor, que Dios sabe lo que nos espera abajo! En fin, gracias a que alguien no respetó esas opiniones y otras semejantes, ha habido algún cierto tipo de evolución y de cambio.

No es verdad, pues, que todas las opiniones sean igualmente respetables. La tolerancia es que, dentro de un marco de respeto a unas leyes básicas, que defiendan la vida, la libertad etc., etc., se de una pluralidad de caminos para llegar a la excelencia o a la plenitud vital de cada cual. Hay que respetar a todos, pero ello no impide el que no podamos criticar, objetar o rechazar lo que nos parezca inhumano o despreciable.

Vivir en una sociedad plural es saber que uno convivirá siempre con lo que le disgusta. La disposición democrática tiene que ser la disposición a convivir con lo que uno desaprueba, con lo que a uno no le gusta, con lo que a uno le parece ridículo, cruel, estúpido, o lo que ustedes quieran. Con eso vamos a tener que convivir. Naturalmente no es forzoso convivir con el crimen o convivir con las atrocidades, pero convivir con ciertas cosas que a uno le parecerán disparates o faltas de gusto o lo que sea, sin embargo, con eso sí que hay que convivir. Y el convivir no quita el que uno pueda juzgarlo o pueda valorarlo; el que uno pueda valorar unas costumbres frente a otras, unos gustos frente a otros,

unas actitudes frente a otras actitudes; uno puede hacer esas valoraciones pero hay una valoración superior. Es decir más vale convivir con lo que a uno no le gusta que imponer, por la fuerza, un régimen en el cual unos tendrán que someter sus gustos, sus preferencias, a lo que otros, con muy buena intención, quieran imponer a todo el mundo.

La tolerancia no excluye la crítica; no excluye, incluso, la valoración negativa de ciertas actitudes, pero, en cambio, obliga a respetarlas, obliga a asumir que también se puede vivir así, aunque a mí no me guste. Esto, en la educación, implica una dificultad, y una dificultad muy grande, para el maestro. Porque el maestro tiene que ser neutral respecto a aquello que es optativo. Esto es, desde el momento en el que las opiniones, los gustos, las preferencias, las creencias son optativas, son igualmente aceptables todas ellas, aunque a uno lo que le guste sea una cosa y no la otra. El maestro tiene ahí que disponer o que proponer. Me estoy refiriendo a que si ejerce su función en una enseñanza pública tiene que procurar una cierta neutralidad. "Hay quien va al cielo por este camino y quien va al cielo por el otro - como decía Voltaire en sus cartas elogiando a los ingleses del XVIII- en Inglaterra cada uno va al cielo o al infierno por el camino que prefiere". Hay que aceptar que cada uno debe tener la opción de ir al cielo o al infierno por el camino que le guste y no por el que le guste al otro.

Ahora bien, lo mismo que el maestro tiene que tener esa neutralidad en un plano determinado – allí donde las opciones sean todas igualmente válidas, aunque a uno personalmente le gusten unas más y otras menos-, existe, también, un plano que ya no es optativo, en el que el maestro ya no puede adoptar una actitud de neutralidad sino que debe adoptar una actitud de beligerante defensa de determinados principios y valores frente a otros. No se puede ser neutral frente a la tortura, no se puede ser neutral frente al canibalismo o frente al terrorismo, frente al maltrato de menores, frente a la marginación de la mujer, frente al racismo, etc. Hay una serie de cosas frente a las cuales el maestro no puede ser neutral, por mucho que se traten de justificar desde una ideología, desde una peculiaridad étnica o rasgo cultural diferentes a la suya. Si hay variedades culturales que practican y defienden la esclavitud o la marginación de ciertas razas o determinados abusos de unos grupos por otros... entonces, esas culturas no nos interesan.

O sea que ya habría que empezar a establecer que no es verdad que el multiculturalismo sea aceptar cualquier diferencia cultural, lo mismo adore a Dios que a Satán, lo mismo practique el rosario en familia que los sacrificios rituales de adolescentes, no es verdad que se pueda asumir todo. Yo creo que ahí está el verdadero problema. Una educación a la altura de nuestros tiempos es también, en cierta medida, un ejercicio de antropología valorativa; hay un elemento de antropología valorativa en el acercamiento a la educación, porque la educación tiene que ser capaz de respetar, de resaltar y de presentar aquellos valores opcionales, distintos, aquellas tradiciones diferentes; tiene que ser capaz de no aceptar como "normal", siempre, el "queso" sino de asumir también la posibilidad de que el "fromage" sea considerado tan "normal" como el "queso".

Y, por otra parte, saber describir, por debajo de esa diversidad, planteamientos esencialmente comunes que sustenten una humanidad compartida - ni siquiera les diría yo una nacionalidad compartida o una visión del Estado compartida- yo creo que es importante. Yo creo que mientras que los seres humanos no vivamos trascendiendo completamente toda frontera y todo particularismo -tal. cosa no se si llegará algún día en tanto que tengamos que vivir en comunidades más o menos constituidas institucionalmente- será bueno que, de alguna forma, creemos ciertos hábitos comunitarios dentro de esa comunidad. Pero siempre sabiendo que lo más importante es lo que nos une a la especie humana como tal, es decir, que nuestro único verdadero parentesco es el parentesco que tenemos con los seres humanos, que todos los demás parentescos son esencialmente accesorios.

Vamos a decir aquella famosa frase de Montesquieu que decía "Si yo supiera un secreto que me beneficia a mi y perjudica a Francia no lo diría. Si yo supiera un secreto que beneficia a Francia y perjudica a Europa tampoco lo diría. Si yo supiera un secreto que beneficia a Europa y perjudica al

resto del mundo tampoco lo diría, porque soy francés sólo por casualidad, pero soy hombre por necesidad"

Lo fundamental, lo que no es azaroso en nosotros, lo esencial de nuestra condición, es precisamente el nivel humano que compartimos y la necesidad de buscar el camino por el que lo compartimos. Las diferentes tradiciones culturales comparten elementos esenciales y, luego, difieren en aspectos distintivos y peculiares, esto es, azarosos. Yo, por eso, creo, y alguna vez lo he escrito, que "culturas" hay muchas, pero "civilización" hay una, es decir, civilización es aquello "universal" a lo que cada una de las culturas tiende a su modo.

Todas las culturas tienden una parte exclusivista, excluyente, cerrada, de repliegue sobre ellas mismas y de corte con los demás. Las culturas tienen un elemento de "identificación", de "pertenencia": a mi me gusta mi cultura porque gracias a ella "yo soy quien soy" y "no soy aquel otro" y el elemento de "ser quien soy" es tan importante como el de "no ser aquel". Las culturas tienen ese elemento, pero, también, dentro de todas las culturas hay un elemento civilizador, es decir, abierto a las demás. Un elemento por el que cada cultura entiende a la otra, por el que la persona de un pueblo tiene curiosidad por los otros, tiene deseo de conocerlos, tiene deseo de integrarlos, le gustan aquellas cosas, aquellos objetos, aquellas artes, aquellas ideas que vienen de otro lugar y que puede introducir en su propio mundo.

Y, así ha ido avanzando la humanidad. No solamente nosotros, los occidentales hemos impuesto e imponemos hoy nuestros valores al mundo; occidente, o lo que era Europa, ha sido tradicionalmente, también, acogedora de ideas importantes que habían nacido en otros lugares. No crean ustedes que fue tan fácil aceptar los números arábigos, los guarismos, frente a los números romanos. Había mucha gente que decía que los números romanos eran "lo de toda la vida", "lo de aquí", que los números arábigos "estaban hechos por infieles", que "Dios sabe con qué pactos diabólicos habían descubierto el cero" y otras cosas por el estilo, y, sin embargo, los científicos dijeron "miren, es que esto funciona mucho mejor, es que los guarismos árabes funcionan infinitamente mejor que el palito uve, palito, palito de los romanos" y, así, de alguna forma se aceptó eso así como otros elementos culturales. Es decir, hay una receptividad a elementos culturales distintos - venidos de oriente, venidos de donde sea- que es fundamental en nuestra cultura y en todas las culturas.

Las culturas todas tienen ese elemento de decir "cortemos con los demás para parecernos sólo a nosotros" y ese otro elemento de decir "aprovechemos lo de todos para buscar aquello que tenemos en común" etc., etc. Yo creo que ese elemento, ese camino por el que todas las culturas van unas hacia otras, es el camino de la civilización. La civilización no se consigue ni imponiendo una sola cultura frente a todas las demás, ni imponiendo la diversidad irreductible e infrangeable de culturas - unas cerradas frente a otras- sino buscando, despertando la curiosidad y el deseo en cada cultura de avanzar civilizadamente hacia las otras.

Eso es lo que me parece que es la función educativa por excelencia. Me parece que la educación no es tanto, simplemente, garantizar a cada cual "que es quien es", sino garantizarle "que puede llegar a convivir con todos" La educación pública no es un servicio a la carta que dice "usted qué es": si es usted afroamericano le daremos una educación, si es usted homosexual otra, si es usted mujer otra, si viene usted de no sé donde otra, si tiene usted la religión ... ¡no! usted vendrá con sus peculiaridades por la familia, por su grupo, etc., etc. y aquí, respetando y, de alguna forma, aceptando esas peculiaridades, le daremos los caminos por los que, fundamentalmente, usted está unido a los demás.

Mas allá de aquellas diferencias patentes, que nos hacen diferentes los unos a los otros, subrayaremos aquellos elementos comunes básicos, gracias a los cuales usted se puede identificar no consigo mismo sino con la humanidad común que comparte con otros. Yo creo que ese es el elemento fundamental -más fácil, por supuesto, de predicar que luego de llevar a la práctica- de una educación

que no se deje fascinar exclusivamente por el multiculturalismo y que tampoco se convierta en una apisonadora que trate de reinventar una homogeneidad que ya en nuestro mundo no vamos a vivir, porque en nuestro mundo vamos ya hacia el mestizaje y hacia la heterogeneidad y no hacia la homogeneidad.

Pero, en fin, todas estas son cosas sabidas... Tampoco he pretendido, en esta charla, descubrirles ningún Mediterráneo, sino simplemente recordarles algunos de esos temas esenciales. Sobre ellos, si les parece a ustedes bien, podemos dialogar y yo estaré encantado de oír lo que ustedes tengan que decirme y, en cualquier caso, muchas gracias por su atención.